



Ese artículo está solamente en la edición online de la Revista signos de Vida
Resistencia simbólica y silenciosos esfuerzos por la integridad
(Un acercamiento a la rebelión de los Asmoneos)

Ruth Alvarado Y.
Coordinadora para América Latina
Red Miqueas
www.redmiqueas.org

Cuando me pidieron escribir para este número que celebra el bicentenario de los movimientos de Independencia en América Latina, vino a mi mente la Batalla de Ayacucho, no sólo porque soy peruana, sino por lo que esta batalla significó para el continente:

Ayacucho no es el esfuerzo de un solo pueblo; es el esfuerzo de todos los pueblos meridionales del Continente; no es el resultado de una lucha parcial, es el resultado de una lucha general; no es la victoria de un solo ejército, es la victoria de todos los ejércitos sudamericanos; no es el triunfo militar de un solo capitán, es el triunfo intelectual de todos

los grandes capitanes, desde la fantasía fascinadora que se llamó Bolívar hasta la conciencia impasible que se llamó San Martín; no es el campo de batalla de peruanos y españoles, es el campo de batalla de América y España; no es la colisión de dos contrarios, es la última colisión de un porvenir contra otro porvenir; no es la batalla de una guerra, es la batalla decisiva de una lucha secular. (Pedro Eugenio de Hostos)

Leyendo diversas versiones de lo ocurrido ese día, me llamó la atención aquella que da cuenta de “*la historia de la Batalla de Ayacucho desde la visión de los vencidos*”, en el que se sostiene que el ejército realista (español) tuvo un retroceso en su avance en plena batalla:

Al inicio de la Batalla y ante el avance patriota, los granaderos de España dieron vuelta sin desordenarse y nos dejaron pasmados...

Existían fuerzas armadas peruanas defendiendo intereses de los realistas, en la mayoría de los casos contra su voluntad (algunos eran prisioneros de guerra, otros engañados o forzados por levas). Por información del Mariscal Valdez, se sabe que “una verdadera quinta columna había ido desertando en buena cantidad en esos meses postreros y decisivos... (UNMSM. “La historia de la Batalla de Ayacucho desde la visión de los vencidos”)

Esta situación de desertión entre los soldados llegó a causar tal incertidumbre en el ejército realista, que se vieron obligados a montar vigilancia, y hasta utilizar el terror, para evitar que continuara. La historia cuenta que los que se mantuvieron en línea de batalla lo hicieron por “pura disciplina”; los demás, huyeron o se negaron a combatir por repelencia a lo español, por indisciplina, o por obra de la conspiración, tras una resistencia simbólica. Hubo quienes optaron por el suicidio; o sencillamente arrojaron sus armas. Se habló incluso de conjuras en plena batalla, con la consigna: “Han matado al Virrey”, para causar confusión. Militares españoles dejaron entrever que fueron los soldados peruanos quienes obligaron a rendirse a los altivos generales de Fernando VII:

Ese 9 de diciembre aprovecharon la ocasión para ayudar al bando patriota, que era, en todo caso, al que sentían más propio. Lo hicieron desertando en masa en plena acción y aún peleando al final contra sus propios capitanes.

Los soldados peruanos del ejército de España ayudaron en 1824 a sus aparentes adversarios, a esos obligados enemigos que eran en verdad sus hermanos en la común opresión sufrida. Por esta opresión prolongada, tenaz, peligrosa, pagaron un precio altísimo en vidas, en especial en la jornada final. Sus silenciosos esfuerzos, de minar en su base al ejército del Rey, no fueron jamás reconocidos; aún más, en el bando patriota ni se sospechaba el nivel alcanzado por las maquinaciones secretas en los campamentos virreinales. Desconocimiento que habría de influir en la matanza de Ayacucho.

Es probable que a razón de las acciones de estos soldados, los generales realistas se hayan visto obligados a solicitar la capitulación. Sobre estas acciones, el artículo a que hacemos referencia habla del denominado “patriotismo de los desertores”. Estos “desertores” eran indios sin instrucción, quechuas, aymaras y mestizos, soldados andinos anónimos enrolados por la fuerza, que actuaron a su modo, subrepticamente, desde el seno mismo del ejército realista.

Estas acciones no necesariamente respondían a una estrategia previamente concebida; éstas se dieron en respuesta a la lucha interna en la que vivían. Aun cuando estaban en las filas realistas, ellos se sentían más cercanos al ejército patriota, y al igual que sus hermanos de

sangre, ansiaban la libertad, deseaban que la opresión del yugo español terminara, sintieron que algo tenían que hacer para ayudar a sus “aparentes adversarios”; sus posibilidades eran escasas, pero eso no impidió que tomaran decisiones definitivas, las únicas que a su entender podían ser asumidas en situaciones de guerra, aunque para muchos significó su propia muerte. Por otro lado, otras lecturas de la historia dan cuenta de “esfuerzos silenciosos” que han ayudado a mantener el espíritu de resistencia ante las imposiciones del opresor de turno, igualmente realizados por personas sencillas, en circunstancias tan difíciles, como es una guerra; pero, al igual que estos “desertores” no han llegado a ser conocidos plenamente; sin embargo, determinaron en buena medida el curso de los acontecimientos.

Cuando dejamos actuar nuestra conciencia

Remontémonos al año 169 a. C. cuando Antíoco IV, rey de la dinastía Seléucida, lleva a cabo diversas acciones contra Jerusalén: penetró en el Santuario, se llevó el altar de oro, el candelabro, tomó todos los objetos de valor que encontró en él, etc. (1 Macabeos 1:21-24). Acciones como estas los conmocionó tanto que causó consternación en el pueblo. El texto añade: *“tembló la tierra por sus habitantes, y toda la casa de Jacob se cubrió de vergüenza”* (1 Macabeos 1:25-28). Años después, el rey envió gente para que saquearan la ciudad, arrasando las casas, las murallas y tomando prisioneros a hombres, mujeres y niños, derramaron sangre inocente y finalmente profanaron el Templo y el lugar santo (1 Macabeos 1:31-40). Para el judío, el Templo era su centro de vida; allí se celebraban las fiestas, los sacrificios. El Templo les daba la certeza de la bendición y de la presencia de Dios entre ellos. Ser testigos de estos hechos provocó en los judíos el deseo de irse, de no ver; así, prefirieron abandonar Jerusalén, dejándola en posesión de los extranjeros.

El rey Antíoco emitió leyes opresivas que atentaban contra la ley de Dios. Ordenó que todos formaran un solo pueblo y renunciaran a sus propias costumbres. Eso significaba que el Santuario y las cosas santas debían ser mancillados, debían erigirse altares, recintos sagrados y templos a los ídolos, debían olvidarse de la Ley y cambiar todas las prácticas. El que no cumpliera aquello tendría que morir.

El texto nos narra cómo mucha gente del pueblo se unió al rey. Aprovechando esta situación, el rey decidió poner sobre el altar de los holocaustos la “Abominación de la Desolación” (1 Macabeos 1:54; Daniel 9:27), probablemente la estatua de Zeus (2 Macabeos 6:2). También mandó destruir los libros de la Ley y matar a quienes no obedecieran la orden dada.

Según nos narra Pixley, la razón que movía a Antíoco era la de someter y humillar a los judíos. En tal sentido, dispuso medidas que incluían las prácticas familiares:

Como parte de las medidas de Antíoco, ...se decretó una prohibición contra la circuncisión de niños y la celebración de sacrificios en honor de su natalicio (2 Macabeos 6:3-11).

Al respecto, Josefo cuenta:

Obligó a los judíos a abandonar su culto a Dios y a dejar de circuncidar a sus hijos. Los que persistieron en ello fueron mutilados, estrangulados o crucificados, con sus hijos colgados de sus cuellos.

Para el judío, la circuncisión es el símbolo de la alianza, es la señal de una relación especial, íntima y santa con Dios y de plena comunión con el pueblo. Dios está interesado en que esta práctica no se pierda y manda que sea realizada el octavo día del nacimiento del niño (Génesis 17:9-14). Aun cuando el Talmud menciona que este precepto debe ser cumplido por el padre,

vemos en la Biblia algunos ejemplos de prácticas realizadas por mujeres (Ex 4:24-26). Según Malina esta práctica tiene algunas implicaciones sociales:

Apenas hay dudas de la antigua asociación de la circuncisión con la aceptación del niño por parte del padre. Esto puede explicar su uso en el momento del matrimonio y quizás también la especial insistencia en su práctica cuando existía el matrimonio exógamo (fuera de la familia paterna). Así la unión de dos familias sin trato queda reconocida cuando el suegro participaba de la circuncisión. Hubo especial insistencia en la circuncisión tras el destierro de Babilonia, cuando el matrimonio exógamo era percibido como una amenaza para la comunidad. La circuncisión era un distintivo tribal... La aceptación de un niño como suyo por parte del padre, puede explicar la asociación de circuncisión con el acto de poner nombre... Finalmente, la participación de la comunidad en el rito era el reconocimiento público de que un padre asumía su responsabilidad como padre.

El texto da cuenta de mujeres que estaban circuncidando a sus hijos y que la familia y otros miembros de la comunidad participaban de esta ceremonia (1 Macabeos 1:60-61). Estas mujeres estaban llevando a cabo las prácticas que los identificaba como hijos de Dios. Desde los tiempos del destierro estas prácticas los vinculaban con la promesa de Dios y les devolvía la confianza en la pronta venida del Mesías. Pero llevar a cabo esta práctica en un contexto de guerra como el que se narra, implicaba muerte segura.

A pesar de ello, estas mujeres no podían dejar de circuncidar a sus hijos, porque esto implicaría dejar por fuera a sus hijos de los beneficios del pacto y su participación en él (Salmo 51:5). Ellas tuvieron que optar y su opción fue por una vida íntegra, donde sus creencias y sus prácticas fueran coherentes; y con ese gesto les dieron a sus hijos la posibilidad de ser íntegros también. Los hechos que se suscitaron como consecuencia de esta decisión fueron crueles. Dice el texto que las mataron colgándoles las criaturas al cuello; lo mismo sucedió con la comunidad que había participado. El texto muestra también a otras personas que optaron por una vida íntegra: muchos Israelitas se mantuvieron firmes y tuvieron el valor de no comer alimentos impuros (1 Macabeos 1:62-64); otros, amantes de la justicia y el derecho, se retiraron al desierto, junto con sus mujeres y niños, y allí prefirieron morir manteniendo su integridad (1 Macabeos 2:29-38).

Es interesante notar que estos hechos provocaron que se constituyera el movimiento de liberación nacional dirigido por los Macabeos, que lucharon y consiguieron la independencia de manos de Antíoco IV, fundando así la dinastía real Asmonea y proclamando la independencia judía en la Tierra de Israel durante un siglo.

Algunas ideas conclusivas

Hechos como estos, realizados por personas sencillas que respondieron a su convicción por mantenerse íntegros frente a situaciones en conflicto y que lograron cambios significativos en la historia, deben movernos a la reflexión e interpelarnos a fin de seguir construyendo comunidades de resistencia ética, redes proféticas que sean capaces de levantar la voz y resistir los sistemas contemporáneos de opresión, que se traduce en situaciones de injusticia, atropello y discriminación, generalmente hacia los más débiles.

Como diría Juan José Tamayo, la injusticia sigue siendo una constante en nuestra historia, y nuestro mundo vive aún sometido a su dictadura. En este contexto, lo que el discernimiento ético nos exige es aprender a reconocer, por un lado, el modo en que en nuestros contextos se

manifiestan las estructuras de injusticia. Pero, por otro lado, es importante reconocer el papel social y político que debemos jugar desde las comunidades de fe, movimientos sociales y redes alternativas, a fin de ser agentes activos de aquel proceso en el que es posible revertir la historia.

En resumen, de lo que se trata es de que nuestras acciones éticas de resistencia nos inviten a repensar nuestro “hacer teología contextual”, que supone la inserción de los cristianos en la constante tarea de liberación, que implica la promoción de un orden de vida más justo para todos y todas.

Sólo le pido a Dios

Que el dolor no me sea indiferente
Que la resaca muerte no me encuentre
Vacía y sola, sin haber hecho lo suficiente...
León Gieco